

LA FRONDA

Un niño mete su mano dentro de un plato con cenizas.  
Lo observan desde la ventana. Sonríen.  
El niño se duerme bajo la mesa de nogal (afuera el viento  
arrastra ramas verdes), y sueña  
con carreteras que atraviesan valles, y con un cráter  
lleno de agua, en donde su rostro se refleja  
desproporcionadamente grande: quizás  
una mueca de terror y agradecimiento.  
Ni él mismo entiende que retrocede, se contempla  
corriendo por el valle, subiendo una y otra vez  
a los bordes del cráter. No pasa nada.  
Alguien comenta que las tardes se están poniendo  
calurosas y que el equipo local ganó  
un partido fuera de casa.  
El niño arroja una piedra al agua. Las ondas  
le llevan su imagen hasta la orilla, donde él  
recoge algunos pedazos, así como también  
recoge piedras raras y flores.

Muchos años después  
(después de subterráneos, después de luchas en subterráneos,  
después de fotografías de luchas en subterráneos),  
un muchacho con los dientes podridos  
regresa a La Fronda.

México D.F., noviembre 1976